



**MONTEANO SORBET, Peio J.**  
**El iceberg navarro. Euskera y castellano  
 en la Navarra del siglo XVI**

Iruñea : Pamiela, 2017  
 301 p. : il. ; 24 cm  
 ISBN: 978-84-7681-991-3

Quizá haya que empezar por una precisión importante, y es que no estamos ante un estudio filológico que viene a sumarse a la sólida tradición investigadora sobre las lenguas de Navarra; no, estamos ante un libro de historia, un buen libro, fruto de la pasión intelectual de su autor por el esclarecimiento del verdadero papel histórico jugado por el euskera en esta tierra. El punto de partida era sumamente difícil: cómo estudiar y cuantificar una lengua que apenas dejó rastro escrito y que no iniciaría su andadura literaria hasta el siglo XVI. Ciertamente, entre historiadores y lingüistas venía siendo común la idea de que el euskera había sido el habla mayoritaria de los navarros durante los siglos medievales y modernos a contrapelo de las evidencias documentales, escritas primero en romance navarro y después en castellano. Pero faltaban las pruebas y los argumentos que terminaran de demostrarlo de forma rigurosa, y esta es, sin duda, la gran aportación del estudio de Monteano con referencia a la Navarra del siglo XVI: a partir de nuevas fuentes y nuevas perspectivas de análisis, *El iceberg navarro* deja bien asentado el gran protagonismo lingüístico del euskera, hablado por el 70-80% de la población del viejo reino en aquel tiempo, en una extensión geográfica que abarcaba los dos tercios del territorio, y con una dimensión social que incluía al pueblo llano y a sus élites.

Me parece importante subrayar que tras estas conclusiones principales está un buen oficio de historiador. Significa esto que hay un respeto escrupuloso a las fuentes, al que se une un afán por ofrecer y contrastar el mayor número posible de evidencias históricas; significa también que hay un manejo preciso de distintas metodologías y herramientas de análisis, que han permitido confirmar hipótesis de calado; significa, por último, que hay una ambición intelectual por llegar a resultados que en verdad supongan un avance científico. Tal y como nos recuerda en la presentación, el autor es además archivero y sociólogo, facetas igualmente presentes en su trabajo. De la primera da fe su gran conocimiento de los fondos atesorados en el Archivo Real y General de Navarra, donde se halla la riquísima documentación de los procesos judiciales y de los protocolos notariales, que es básica en su estudio. Su formación como sociólogo está, a su vez, detrás de su firme objetivo de cuantificar en la medida de lo posible muchos de los fenómenos lingüísticos que estudia, como él mismo dice, para saber “no sólo qué pasó, sino con cuánta frecuencia lo hizo”, o “lo que es lo mismo, saber si el dato puntual que hallamos en un documento forma parte de la excepción o confirma la regla”.

Se trata, de un modo u otro, de ofrecer un trabajo completo, acabado, del que se puede decir además que está bien pensado y bien escrito, y que tiene el acierto de lograr ese punto medio entre la exigencia académica y el afán divulgativo. Esto último lo consigue en buena medida poniendo rostro humano a las distintas realidades lingüísticas, y así por las páginas de la obra desfilan peregrinos que refieren una lengua extraña a su paso por Navarra, funcionarios bilingües que acreditan su conocimiento del euskera para obtener un cargo en la Administración o acusados de brujería que afirman hablar con el Diabolo en la lengua vascongada. Más allá de ser un efectivo recurso de divulgación, este es también un modo de concebir la historia a la medida humana, que acaba convirtiendo al libro en un gran

fresco del siglo XVI, retratado en su diversidad social, en las creencias de sus gentes, en sus conflictos...

El estudio de Monteano no deja nada al azar; su estructura nos lleva hábilmente por todos los ángulos desde los que poder escudriñar la realidad lingüística del territorio. Comienza por la mirada de los “de fuera”, la que ofrecieron “los viajeros, los gramáticos, los escritores y los ‘extranjeros’”, que en su mayoría mostraron un reino vascohablante, aunque también constataron la presencia del castellano. Si esto era así, se imponía saber a continuación cuántos hablaban una y otra lengua, y también cuál era la implantación geográfica de ambas. Contrastando con rigor distintas fuentes, tanto de carácter religioso (la predicación de la bula de cautivos en 1527 y la conocida como relación de 1590) como civil (*Apeo de fuegos* de 1553), Monteano pone cifras a la división lingüística del reino en una *Tierra vascongada* y en una *Tierra romanizada* que aparece en ellas, con un resultado contundente: en una población aproximada de 185.000 personas, “de cada diez navarros, seis vivirían en la zona denominada ‘vascongada’ y cuatro lo harían en la ‘romanizada’”. En la primera se hablaba euskera casi en exclusiva; en la segunda, en cambio, se entremezclaban navarros bilingües con navarros que sólo hablaban castellano.

El capítulo tercero, quizá uno de los más novedosos, trata de explicar cómo pudo adaptarse a dicha realidad lingüística una Administración que se expresaba solo en castellano. La respuesta, aunque adelantada en algún estudio anterior del autor, no deja de ser sorprendente: la navarra era una administración bilingüe, “que actuaba como una enorme máquina de traducción”. Para ser escribano era necesario no sólo saber euskera, sino dominarlo; si bien no hubo una ley que lo exigiera de modo explícito, sí hubo disposiciones legales que reforzaron el carácter bilingüe de los oficiales reales: su obligada residencia en Pamplona [una ciudad vascohablante], la prohibición de servirse de traductores y, finalmente, el turno único de reparto de los negocios [por riguroso orden y sin atender a la lengua hablada en la localidad donde debía realizarse la *probanza*]. Un estudio biográfico de casi un centenar de oficiales reales que desempeñaron sus cargos entre 1570 y 1590 confirma la presencia de un 95% de funcionarios vascohablantes, una cifra llamativa en el contexto de una sociedad donde una cuarta parte de la población sólo hablaba castellano.

Los capítulos siguientes van abordando otros nichos y facetas de la realidad lingüística de la Navarra del XVI: así, el mundo de los vascohablantes monolingües, es decir, el de los que sólo sabían euskera, que, según se desprende de un nuevo estudio estadístico de más de un millar de testimonios procedentes de la *Tierra vascongada* en los años 1575-1595, sería propio de casi la mitad de los navarros, muy particularmente de las navarras, quienes darían el tono a la vida cotidiana y del hogar; el ámbito religioso, “donde el euskera encontró una isla de reconocimiento”, porque tanto la Iglesia católica como la calvinista tuvieron que adaptarse a la lengua de sus fieles, ya fuera en “la impartición de algunos sacramentos, en el necesario adoctrinamiento religioso, [ya] en la represión de la brujería”; o el campo de la educación y la cultura, restringido –como lo muestran las altísimas tasas de analfabetismo– y en buena medida castellano –pues aprender a leer y escribir implicaba hacerlo en dicha lengua–, pero también prometedor, pues fue en este siglo cuando surgió una literatura en euskera de la mano de la difusión de la imprenta. Sus principales autores –Etxepare, Elso, Leizarraga, Beriáin–, quizá no por casualidad, fueron navarros de ambos lados de los Pirineos.

Los últimos epígrafes completan el cuadro de conjunto con un estudio de la diversidad geográfica del hecho lingüístico. Monteano no olvida a la Baja Navarra, cuyas gentes siguieron siendo consideradas naturales del reino mucho después de la partición provocada por la conquista castellana, hasta que en 1583 se decretara su extranjería. También allí la lengua hablada de modo mayoritario era el euskera, aunque en algunas localidades limítrofes conviviera con el gascón o el bearnés, y también allí las lenguas administrativas eran otras, el occitano en la mitad septentrional y el castellano en la meridional, ambas desplazadas por el francés en la siguiente centuria. Pero, sobre todo, fue allí donde tuvo lugar un auténtico “renacimiento literario”, con la publicación del primer libro impreso en euskera y el primer intento de estandarización de la lengua vasca. Enlazando con este papel de pri-

mer orden desempeñado por los bajonavarros, el autor reivindica asimismo el que pudo representar la capital, un segundo enclave geográfico importante, no sólo por su condición de “metrópoli vascohablante”, sino también por su protagonismo como “conformadora y propagadora del dialecto más extenso y más hablado del euskera: el altonavarro”. Monteano lo expresa con convicción: Navarra, la Alta y la Baja, habría sido “el buque insignia del mundo vasco” en aquel siglo.

Con todo, Pamplona era igualmente una ciudad donde una mayoría sabía o entendía castellano, por lo que, según argumenta el autor, además de difundir en el entorno rural aquel dialecto estándar, contribuyó a incentivar el aprendizaje utilitario del castellano, “provocando así la extensión del bilingüismo”. No muchos kilómetros más al sur, tal convivencia de lenguas era ya una realidad cotidiana, como lo confirma el perfil de Estella. El presente estudio deja clara la existencia de una frontera lingüística a lo largo de una estrecha franja del territorio, integrada por pueblos “que hablaban euskera, pero que entendían el castellano y viceversa”, tras la cual venía la tierra romanizada. En la Ribera, la zona más meridional de Navarra, donde vivía una quinta parte de la población, hacía siglos que se hablaba el romance navarro, que ya en el XVI transitaría hacia el castellano. Aun así, en ella hubo también “pequeñas bolsas de inmigrantes vascohablantes monolingües (montañeses navarros, vasco-castellanos y bajonavarros)”, atraídos sobre todo por razones económicas, cuya impronta, de modo particular en el caso de los últimos, ha quedado en muchos apellidos.

El estudio de Monteano culmina haciendo referencia al “habla en las instituciones”, un ámbito en el que el castellano era hegemónico, pero en el que también, según las pruebas aportadas por el autor, acaba emergiendo el euskera de un modo u otro. En verdad, el *iceberg navarro* que esta obra pretende retratar en su totalidad, superando el espejismo al que conducía una documentación escrita sólo en castellano, parece confirmar al euskera como la lengua mayoritariamente hablada en el viejo reino. Ahora bien, si los datos son “tozudos” y hacen emerger a la lengua vasca oculta tras los textos escritos, igualmente “tozuda” es la realidad de siglos de una documentación, fuera del tipo que fuera, expresada siempre en romance navarro y después –“como convergencia de soluciones entre modalidades muy próximas entre sí (...) y no por sustitución”, según indican Martínez Pasamar y Tabernero– en castellano. Quizá cabría hacerse la pregunta de por qué si la mayoría de gentes hablaban euskera, incluidas sus elites, y conocer el idioma resultaba imprescindible para ejercer la función pública en amplias zonas, sin embargo, toda la maquinaria administrativa se desenvolvía en la otra lengua del reino, porque tan propia de los navarros es la una como la otra. Entiendo que, efectivamente, la “punta del iceberg” no refleja una *realidad* lingüística, como el estudio de Monteano desvela con acierto, pero sí refleja una *opción* lingüística, la que adoptaron las élites navarras mucho tiempo antes de la conquista, sin olvidar tampoco que aquella era la lengua de la población romanizada de la Ribera. Como sostiene Xabier Zabaltza, “el éxito del romance y del castellano se explica perfectamente por factores internos” y, de hecho, la difusión de uno y otro “fue fomentada durante siglos por las propias instituciones navarras”, contribuyendo a su prestigio e, indirectamente, “a la marginación del vascuence”. Esto ocurrió en un tiempo en que las lenguas no eran en absoluto concebidas en términos de identidad, como sí lo hace nuestra mentalidad contemporánea, sino por su valor de uso e intercambio. El propio Monteano constata cómo aquellas élites, alfabetizadas en romance/castellano, pero conocedoras del euskera, tendían a expresarse en la lengua de la administración también en sus cartas privadas. La conquista no vino sino a reforzar una tendencia que venía de antiguo y que terminó de privilegiar una lengua escrita sobre una lengua ágrafa. Al libro de Monteano le falta, a mi entender, una lectura más ponderada de la relación entre ambas lenguas propias de Navarra, en la que el castellano no quede desdibujado.

Mi valoración, con todo, es clara: *El iceberg navarro* es una buena investigación, un tanto arriesgada quizá en alguna de sus conclusiones, pero coherente y lúcida, de la que ningún estudioso del siglo XVI navarro podrá prescindir en adelante.

*María del Mar Larraza*